

Significa renovación interior, experiencia de Dios, redescubrimiento de la belleza del Evangelio, nuevo impulso que vivifique todas las realidades temporales

**ReligionConfidencial.com**

**"La Iglesia tiene el deber de anunciar siempre y en todas partes el Evangelio de Jesucristo"**. Así comienza el documento con el que se constituye el Consejo Pontificio para la promoción de la Nueva Evangelización (*Ubicumque et semper*).

En la apertura del Concilio Vaticano II, el 1 de octubre de 1962, **Juan XXIII** señalaba que el *"depósito de la fe"* (lo que suele llamarse la doctrina cristiana) es, siempre el mismo; y ese mismo depósito cambia en la *"manera de formular su expresión"* según los tiempos y lugares. Así ese depósito de la fe puede ser *"custodiado y enseñado en forma cada vez más eficaz"*. Es lo que ahora se indica diciendo que se trata de anunciar y proclamar la belleza del Evangelio *"siempre y en todas partes"*, con palabras que dan el título al documento. Dos afirmaciones, pues, son aquí importantes, en paralelo con la finalidad que se proponía el Concilio.

En primer lugar, dice **Benedicto XVI** que **«la misión evangelizadora, continuación de la obra querida por el Señor Jesús, es para la Iglesia necesaria e insustituible, expresión de su misma naturaleza»**. En efecto, la palabra Iglesia quiere decir *con-vocación*, llamada de muchos a formar la familia de Dios. Para eso existe la Iglesia. Durante la historia, su esencia se identifica con su misión. Ella es, en palabras del Concilio Vaticano II, un *"Pueblo mesiánico"* (*Lumen gentium*, 9), porque en ella vive el *"Mesías"* (Cristo, el ungido por el Espíritu de Dios), esperado y prometido. Y por tanto, ella es también ungida y enviada a toda la tierra para comunicar y entregar la Buena Noticia que el Dios vivo y trino ha querido manifestar por Cristo y en Cristo: que Dios es amor; que sólo el amor crea y vivifica, une y salva; que su doctrina no es letra muerta, pura teoría o ley externa al corazón humano, sino que es vida: más aún, la vida plena y auténtica que cada persona y la humanidad en su conjunto anhelan desde el principio del mundo.

En segundo lugar, **«esta misión (de la Iglesia) ha asumido en la historia formas y modalidades siempre nuevas según los tiempos, las situaciones y los momentos históricos»**. Nuestra época es testigo de **«gigantescos progresos»** e **«innegables beneficios»**, junto con el **«alejamiento de la fe»** e incluso una **«preocupante pérdida del sentido de lo sagrado»** que pone en duda los fundamentos trascendentes de la existencia humana.

En consecuencia, se propone una tarea que ya **Juan Pablo II** había denominado *"nueva evangelización"*, dirigida especialmente a los bautizados que no viven su fe o no la conocen, y también a otros que desean profundizar en ella. Una tarea con especial referencia al *"Primer mundo"*, el mundo del bienestar y el consumismo, enfermo de indiferentismo y secularismo, cuando no afectado gravemente por el ateísmo. Se trata de territorios en muchos casos tradicionalmente cristianos, que hoy requieren **«un renovado empuje misionero, expresión de una generosa apertura al don de la gracia»**.

Atención, porque no se trata de un problema social o cultural, un problema de estructuras y estrategias organizativas y exteriores. Es una cuestión más central, que afecta al corazón de cada uno, a su relación con Dios. Y es que la misión se fundamenta siempre, de modo vivo, en la propia identidad de la Iglesia y de los

cristianos. De ahí que para ellos, la nueva evangelización, **«si bien se refiere directamente a su forma de relacionarse hacia el exterior, presupone sin embargo ante todo una constante renovación interior».**

Se requiere, ciertamente, recomponer el entramado cristiano de las comunidades cristianas; pero **«no podemos olvidar que la primera tarea será la de hacerse dóciles a la obra gratuita del Espíritu del Resucitado, que acompaña a cuantos son portadores del Evangelio, y que abre el corazón de quienes escuchan. Para proclamar de forma fecunda la Palabra del Evangelio, es necesario ante todo que se haga una profunda experiencia de Dios».**

Por eso, tampoco estamos ante lo que, con ojos demasiado humanos, podría interpretarse como un intento de una nueva expansión o restauración de una influencia cultural perdida. No. **«En la raíz de toda evangelización no hay un proyecto humano de expansión, sino el deseo de compartir el don inestimable que Dios ha querido hacernos, haciéndonos partícipes de su misma vida».**

Nueva evangelización significa, en resumen, renovación interior, experiencia de Dios, redescubrimiento de la belleza del Evangelio, nuevo impulso que vivifique todas las realidades temporales (las familias y los trabajos, las culturas y las leyes, las transformaciones sociales, los avances científicos y tecnológicos), con lo que **San Josemaría Escrivá** llamaba "la esperanza de Cristo" (Surco, 293).

Se trata -en definitiva- de ser fieles, de modo renovado y creativo, a la propia identidad y misión. El cristiano es seguidor de Cristo, que significa ungido por el Espíritu Santo, es decir, por el amor personal de Dios. A la jerarquía de la Iglesia y su magisterio le corresponde orientar e impulsar una nueva evangelización. Pero esa tarea es propia de todos los cristianos, aquí y en todas partes, ahora y siempre, convocados a ser evangelizadores, con su vida y su palabra.

**Ramiro Pellitero, Instituto Superior de Ciencias Religiosas, Universidad de Navarra**